

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

“Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado.”

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS.)

Un caso como hay muchos (1)

I.

—Mira, papá, como tú no puedes atender á mamá que está tan enfermita y yo soy todavía muy pequeña, fui al convento de las Siervas, que son tan buenas, á pedirles un poco de ayuda en nuestra necesidad y ya ves si me atendieron; viene Sor E... conmigo. ¿No me reñirás?

Jerónimo, furibundo anticlerical, no pegó á su hija porque... comprendió que le sobraba razón; que allí en su casa hacía muchísima falta el gobierno de otra mujer, ya que la suya estaba imposibilitada en cama. Buenas ganas se le pasaron á él de despedir con cajas destempladas á aquella monja atrevida que sólo porque una niña había ido á llamarla, así se le introducía en casa. Se contuvo por egoísmo y por no armar un escándalo.

—Es el caso, señora, replicó, que somos muy pobres y no vamos á poder pagarle el salario ó lo que sea.

—Eso no le preocupe, contestó la sierva, nada le pedimos por nuestros servicios, lo principal es que la pobrecita mujer sane pronto, si Dios quiere.

En lo que esté de nuestra parte haremos todo lo posible. Anda, monina, enséñame dónde está mamá, vamos pronto á consolarla.

—Pero ¡qué hipócrita es esta gente, quedó diciendo Jerónimo, cómo fingen para sacar los cuartos! Que no me van á cobrar nada..., sí, sí, cualquiera trabaja de balde en los tiempos que atravesamos, ya veremos el fin de la fiesta; no son los que menos cobran los que empiezan por no ajustar el trabajo, pero ¡buen chasco te vas á llevar, monjita de los demonios!; en vez de dinero será fácil que te encuentres con otra cosa. Dejarémosla ahora en casa, que me sirva, entre tanto yo fiscalizaré sus actos, ellos me darán argumentos para mis discursos en el club. ¡Qué de cosas voy á descubrir! No hay mal que por bien no venga.

II.

Apenas Sor E... vió á la enferma se dirigió á ella con esa buena voluntad, con esa franqueza que aun á las personas más retraídas infunde repentina confianza.

¡Cómo se animó, cómo se transfiguró el rostro de la infeliz paciente!, tal parecía

(1) El fondo es rigurosamente histórico.

que en un momento había recobrado la salud á la vista de aquel ángel de caridad, al escuchar aquellas dulcísimas y elocuentes palabras de consuelo, propias sólo de los siervos de Dios.

—Hermana mía, hermana mía, bienvenida sea, Dios la de cuanto merece.

—¡Pobrecita! ¿sufre usted mucho, verdad?

—¡Ay, bastante!

—Yo les pediré mucho á Nuestro Señor y á su Madre Santísima que le den pronto la salud para bien de usted, de su esposo y de esta preciosa niña que tiene cara de ángel.

—¿Y si no quieren concederme tan gran favor?

—Hija mía, conformémonos con su divina voluntad. Ellos también padecieron y más que todos nosotros. Era para enseñarnos el camino del cielo; además que aquel á quien Dios mucho ama más *regalitos* de estos le envía.

—¡Es verdad, hermana!

¿Qué acostumbra V. á tomar ahora?

—Somos muy pobres, mi marido no me da todo lo que gana; gracias á la caridad, que nunca falta, de los vecinos, tomo algunos caldos...

¿Y su esposo y su hija?

—No se cómo se arreglan. No puedo cuidarme de ellos.

—Todo sea por Dios... ¿cómo se llama usted?

—María.

—Pues bien, María, esto no puede continuar así; es necesario que V. tenga buenos cuidados y que su esposo y su hija estén lo suficientemente atendidos. Después de unos instantes de reflexión continuó Sor E...—Tú, monina, quédate aquí con mamá y vuelvo pronto.

III.

—Ya sabemos, Jeromo, que guardas monjitas en tu casa y, claro, rezarás con ellas el rosario por la noche y á todas horas, ¡ja, ja, ja! quién te verá, poniendo la cara de beatuco, decir «Santa María, Madre de Dios; ruega por nosotros pecadores...» ¡ja, ja, ja!

—Dejadme en paz; para bromas estoy yo, que nunca pude ver ni en pintura frailes ni monjas; pero mi mujer está enferma... quiso llamarlas y... por no quitarla ese gusto...

—Sí, sí, en tu casa mandan todos menos tú, estamos enterados, ¡que te van á convertir! y luego

San Jeromo el clerical libranos de todo mal.

—Yo os aseguro que en cuanto vea á esa bruja soy capaz de...

—Bueno, bueno, no te traigas ahora esas fanfarronadas... Mira, ahí va una de las tuyas, atrévete.

Era Sor E... que, muy cerca de Jerónimo, pasaba con un envoltorio grande en la mano. Rabioso aquél de las burlas de sus amigotes, dió media vuelta y levantando su mano de repente, la dejó caer pesada sobre el rostro de la sierva de Jesús. Esta le miró sin enojo, más bien compasiva y siguió su camino como si nada le hubiese sucedido.

En tanto aquellos desalmados quedaron riendo la *gracia*, Jerónimo fué calle arriba, no con aires de triunfador sino avergonzado, pesaroso de la infame acción que acababa de cometer.

IV.

Luego de muchos rodeos, pues deseaba llegar á casa lo más tarde posible, entró en ella Jerónimo, silencioso, no queriendo ser visto.

De nada le sirvió el recurso; su hija le sintió entrar, corrió á él y con infantil alegría le dijo:

—¿No sabes, papá, que la monjita nos ha traído comida para todos y carbón y caldos y medicinas para mamá? ¡Si vieras que buena es la monjita! venía muy encarnada de la cara porque dijo que había corrido mucho... ¡María la quiere tanto!... y tú verdad, papá?

—Déjame, hija, déjame; voy á ver cómo sigue tu madre.

¡Qué escena la que se presentó á su vista! no, no era posible: aquello debía de ser una ilusión de los sentidos... ¡Sor E..., sin el manto y con un delantal de faena, curando á su esposa! ¡haciéndole aquellas curas que á él, su marido, le causaban alguna repugnancia!... Ella no esperaba su visita, aquello no debía hacerlo por hipocresía. No era la cosa plato de gusto.

—¡Hola, señor Jerónimo! exclamó Sor E... con una dulzura que le desconcertó por completo, en cuanto concluya de aliviar un poco á su mujer voy á servirles la cena.

Jerónimo no supo qué replicar; esperaba un bufonazo, habló algunas palabras con su esposa y se retiró á la cocina. A los pocos momentos apareció en ella Sor E... haciéndole sentarse con su hija, junto á una mesita preparada con mucha limpieza y

serviéndoles solícita y amable una cena abundante y sustanciosa.

Mientras Lolita, su hija, comía con devorador afán, él se ocupaba en dirigir miradas de curiosidad á la monja, que manejaba ya aquella casa como si en ella hubiese vivido muchos años.

—¿Pero no me habrá conocido?... ¿Nos querrá envenenar con esta comida?... ¡Hija mía, no comas!... gritó en el acto á Lolita que se paró asustada.

—¿Por qué, señor Jerónimo? está mal condimentada la cena? A ver, y probándola, continuó: ¡si está riquísima! es igual que la que nosotras tomamos en el convento; coman, coman, hay que hacer por la vida.

—O esta mujer es una santa muy santa ó es una grandísima pécora, pensó Jerónimo, y más confiado, se puso á cenar.

Sor E... había acudido al lado de la enferma, llevando de la mano á la niña que no la dejaba un momento.

V.

Dios, en su infinita misericordia, había accedido á las reiteradas súplicas y desvelos de aquella su sierva, de aquella santa mujer que por amor á Él y por el bien de sus semejantes renunció los placeres del mundo para entregarse á una vida de mortificación y sacrificio.

María recobró la salud. Al despedirse Sor E... de aquel hogar, habló así á los esposos:

—Adios, amigos míos, Dios les otorgue siempre su santa gracia y les de salud si les conviene; yo me considero muy feliz de haber podido serles útil con mis escasos medios en alguna cosa y al mismo tiempo les pido me perdonen las faltas que hubiese cometido, ajenas á mi buena voluntad. Adios, Lolita, amiguita mía, se buena siempre con tus papás, para ganar el cielo. Has de ir á verme alguna vez ¿sí?

Jerónimo con voz enternecida por la emoción, con el corazón apretado de sentimiento, se atrevió á preguntar:

—Y... ¿cuánto la debemos?... son diez y seis días...

—Nada, absolutamente nada, adios, amigos míos.

—Oiga... oiga... y aquella bofetada... perdóneme, señora...

Jerónimo no pudo más, se echó á llorar como un niño.

Su mujer y su hija le miraban asombrados.

—Se la perdono y Dios también se la perdona.

Nada más dijo Sor E... que bajó precipitadamente las escaleras acompañada de otra mujer que había venido á buscarla.

* * *

—Toma, toma, Jerónimo, lee el periódico y verás lo que dice de los curas y las monjas; los pone de hipócritas y regalones que no hay más que decir.

—Ese periódico y vosotros sois unos ca-

nallas, y los que os creen unos papanatas que comulgan con ruedas de molino.

—¡Ja, ja, ja! ¡Nos lo han convertido entre la mujer y la monjita!

J. O. F.

UN RECUERDO Á LOS LOCOS DEL CARNAVAL

Vendrá un día en que el Cordero será león, la víctima será juez, y de sus Llagas saldrán rayos vengadores. «¡Oh qué cosa tan terrible será, dice Santa Teresa, ver airados aquellos tan mansos, tan humildes y tan hermosos ojos, los del misericordiosísimo Jesús!» Mirarán los impíos á su Juez, y llorarán, derramando lágrimas, no suaves y amorosas, como las que derramó la Magdalena penitente, postrada á los pies del Redentor. Llorarán desesperados y tristes por haber despreciado el tiempo de la misericordia. De la presencia del Juez, que los maldecirá en nombre del Padre celestial, huirán ellos precipitados al fuego eterno.

Es Jesucristo no solamente el Salvador del mundo, sino también el Reparador de la gloria divina. Cuando bajó á la tierra para ofrecer á los hombres el beneficio de la redención, vino manso y humilde, se anonadó encarnando en el seno de María, nació pobre, vivió abatido y experimentando la mortal flaqueza, quiso ser hecho blanco de oprobios y dolores, y fué tanta y tan maravillosa la paciencia de este Rey de los Angeles, que se dejó maltratar por la fiera é ingratitud de los mortales, y conducir al patíbulo de los malhechores. ¿Y por qué tanto abatimiento y tanta humildad? Porque la persecución es el camino que la eterna Sabiduría tiene trazado para la salud de los escogidos, y Jesús, Capitán de todos ellos, quiso alentarlos con su ejemplo.

Bajando segunda vez á juzgar á los vivos y á los muertos, y á vengar los ultrajes de la gloria divina, vendrá poderoso y fuerte, lleno de majestad y terrible para los malos. No vendrá entonces encerrado en las entrañas virginales de María; no yacerá, recién nacido y pequeño, en el establo de Belén; no huirá, como flaco, la persecución del cruel Herodes; no se ocultará en Nazaret, ni afanará, ganando con el sudor de su rostro el pan, y trabajando como pobrísimo artesano; no sembrará, con humildes parábolas, la doctrina del Evangelio, enseñando á la pequeña grey de sus discípulos; no será perseguido por los fariseos, ni entregado á la muerte por el juez inícuo, ni puesto en la cruz por los bárbaros sayones. Aparecerá en la cumbre del cielo, y descenderá sobre un trono formado por las nubes; le anunciará la trompeta del Angel, resucitando y convocando á los muertos; le precederá lluvia de fuego asoladora, reduciendo á cenizas los palacios y las cabañas que fueron habitación de los mortales; temblarán en su presencia los antiguos poderosos, que por no poder sufrir la vista terrible de su Juez desearán que los montes caigan sobre ellos y que los trague la tierra. Se sentará para dar la sentencia, lleno de majestad y de gloria, y ensalzando á sus gloriosos imitadores y tomando venganza de los agravios que padecieron, y en ellos la gloria divina maldecirá, con voz espantosa, á los impíos, que serán sepultados en el infierno.

RAFAEL DE LOS REYES, S. J.

LOS DOS CATARROS

En la calle de San Diego junto á una esquina se hallaron al empezar un invierno cierta noche dos catarros.

—¿A dónde vas? dijo el uno al otro, que era paisano.

—Pues voy á meterme dentro del cuerpo de un magistrado; hombre de edad, regordete y que tiene muchos cuartos.

¿Y tú?—Dentro de un cochero de punto, que es un borracho. Pero, en fin, allá me mandan, y allá me voy resignado.

—¡Adios! Que te vaya bien.

—¡Abur! que sigas tan guapo.

Al cabo de mucho tiempo, otra noche se encontraron; el uno, que iba hacia arriba, y el otro, que iba hacia abajo.

—¿Qué tal te va? dijo el que se metió en el magistrado, al otro que se metió en el cochero borracho.

—¡Muy mal! ¡Pero muy remall! ¡Si vieras lo que he pasado!

El maldito del cochero apenas me hacía caso.

No me dió la flor de malva á que estoy acostumbrado; ni me puso más abrigo

que un carrik hecho pedazos, que por el me entraba el aire completamente colado.

De día siempre corriendo; de noche siempre trotando, con un viento, con un frío, y en medio de unos chubascos, sin darme una pastillita siquiera, de cuando en cuando.

Ni un solo día en la cama me hizo pasar aquel ganso; siempre en el pescante, siempre bebiendo vino y fumando; ¡pero qué vino y qué puros, todo negro y todo amargo!

¡No se podía vivir allí! ¡Qué sitio tan malo!

Así es que á los cuatro días ¡zás! me salí de aquel bárbaro; y yo me quedé tan fresco, y él se quedó sin catarro.

—Pues yo, contestóle el que se metió en el magistrado, ¡estoy en la gloria, chico! A las diez nos acostamos.

Me ponen un edredón de plumas de papagayo, todo cubierto de seda;

tan suavcito, tan blando, que da gusto estarse allí quietito y acurrucado.

Tazas de leche y de flor de malva con curazao, pero muy azucaradas, me propina al acostarnos.

Si le hago toser, de noche, y casi siempre lo hago, vengan pastillas de goma,

de las que nunca me canso; y luego, por la mañana, ¡qué tarde nos levantamos!

¡Qué chocolate tan rico, qué bizcochos tan tostados!

¡Y qué gabinete aquel por donde nos paseamos!

Siempre encendida la estufa, los cortinones echados, y él metidito en su bata

y con su gorro calado, que me da un calorcito tan dulce ¡que es un encanto!

La comida es un deleite, la cena, de lo más sano,

y si alguna vez salimos, siempre en coche, muy despacio, con la mantita á los pies y los cristales cerrados. En fin, que estoy en la gloria y casi voy engordando.

—¡Qué suerte tenéis algunos! le dijo el otro catarro.

Siempre donde yo me meto es cuerpo de pobre; y ¡claro! al ver que allí no me cuidan, naturalmente no paro.

—Pues yo, contestóle el otro, ya sabes cómo lo paso; así es que el pobre señor ya tiene tos para rato; pues como siga cuidándome tan bien, de allí no me salgo. Y adiós, chico, que hace frío: me vuelvo á mi magistrado.

X.

LA ACTITUD DEL PAPA

Hace pocos días Su Santidad Pío X recibió en audiencia privada y sucesivamente á varios eclesiásticos franceses, conversando con ellos acerca de la situación religiosa de Francia en los actuales tiempos.

Reprodujo la «Libre Parole» el siguiente diálogo entre el Pontífice y un Vicario capitular francés:

—El Clero de Francia—dijo el Papa—está pasando por una crisis dolorosa; me ha sido usted señalado como un buen Sacerdote, y le destino á la Mitra. ¿Está usted dispuesto á ir á la cárcel?

—Santísimo Padre, soy indigno.

—No, hijo mío, puesto que yo le escojo á usted.

—Santísimo Padre, no me considero capaz.

—Si tiene usted el alma fuerte, si no teme la persecución masónica y judía...

—Santísimo Padre, estoy dispuesto á dar mi vida por Cristo.

—Eso basta, retirese usted; ya es usted Obispo.

La misma pregunta hizo el Papa á cada uno de los Prelados elegidos por él para ocupar las Sillas episcopales vacantes en la República francesa, lo cual, por una parte, nos recuerda los tiempos de las Catacumbas, y por otra demuestra que Pío X, lejos de ceder, está dispuesto á cumplir con sus altísimos deberes, sin miedo ni contemplaciones.

LOS BIENHECHORES DEL MAL

I.

La «Liberté» refiere lo siguiente: (Histórico.)

Cuando se verificó el último Congreso socialista de Francia, uno de los jefes organizadores encargado del alojamiento para los congresistas, fué á casa del propietario de uno de los grandes hoteles de la «Cannelier» de Marsella y le dijo:

—Tengo treinta y dos congresistas que hospedar durante doce días. ¿Qué me cobrará por cada uno?

—Seis francos.

—Muy bien. Pero usted pondrá en la cuenta 7,50 francos y me entregará todas las noches la diferencia.

Entendido—respondió el dueño, que debería ser de la misma calaña que el jefe socialista.

—Una palabra más. Siendo los comensales treinta y dos, bien puede haber uno

más, y para usted será lo mismo. Asistiré á las comidas y á las cenas y usted lo pondrá en la cuenta de esos señores.

—Está bien.

El jefe socialista cobró así más de seiscientos francos sacados bonitamente del bolsillo de sus compañeros.

Sin embargo, como después tuvo la pretensión, á título de regalo, de hacerse convidar á comer con toda su familia, el dueño del hotel, harto de tanto cinismo, lo dió á la publicidad y bien pronto corrió por las columnas de los periódicos la pequeña... combinación del honrado hermano y amigo.

Lo mejor del caso es que este organizador, debía desencadenar todas sus furias contra los «explotadores» del pobre obrero que trabaja, produce, paga y calla.

II.

Un ex-socialista furibundo, francés, Pedro Bietry cuenta en sus sugestivos recuerdos del tiempo que era rojo, que uno de los pequeños detalles que decidieron su arrepentimiento y le impulsaron á fundar los sindicatos amarillos independientes, fué la gira oratoria que hizo en una huelga promovida por él el conspicuo y adinerado socialista aristocrático señor de Pressensé calvinista y librepensador, en la cual el riquísimo agitador exigió que los huelguistas le pagaran su billete de ida y vuelta á París, «en segunda clase nada más, añadió el potentado, porque no quiero ser gravoso á los obreros.»

Estos, privándose cada uno de un día de jornal, es decir, resignándose á ayunar un día, le entregaron un par de cientos de francos para el viaje.

Y Bietry, que fué á acompañarle al tren, se quedó con un palmo de boca abierta, terminada la conferencia, al ver que subía en un vagón de primera clase y que viajaba con billete circular gratuito, regalado por la Compañía á tan poderoso personaje. Pero no devolvió los cuarenta dures.

CHARLA

—¿Qué te pasa que vienes fatigado?

—A... á... poco ma...s armo la gran... cuestión por causa de su periódico EL AMIGO DEL POBRE con... con un mentecato que no sabía lo que decía...

—Cálmate, hombre, cálmate; no hay que tomar las cosas de ese modo.

—Si es que muchas veces oye uno cada sandez que dan ganas de romperle á uno el...

—¡Comprímetel! á ese paso te vas á acabar en cuatro días.

—Pues verá usted, se lo voy á contar todo tal y como pasó. Bueno... el otro día, que era sábado entré... bueno, por compromiso en un chigre... fué por compromiso, ya digo...

—Vamos, sí, donde acostumbras á malgastar el tiempo y el dinero.

—Y como allí se habla de todo entre trago y trago.

—Hasta de lo que no se entiende; sigue.

—Salió á relucir el papelito de usted...

... Y tuyo.

—... EL AMIGO DEL POBRE y va y dice uno, dice: A mi me dieron ese papelucho el otro día al salir de la fábrica, pero en cuanto ví aquello de Jesucristo lo tiré.

—Hiciste mal, le contestó otro que es maestro de obras; si para sentenciar un pleito hay que oír las dos partes, tú debías de haberte enterado de lo que traía el tal papel. Ya ves, yo no soy muy amigo de esas cosas de la Iglesia y, sin embargo, lo leí y

me gustó, tanto que procuraré hacerme con él en lo sucesivo, y quien sabe si alguna que otra vez lo compraré.

—Ese periódico, salté yo, puede comprarle todo el que quiera sin costarle un perro, con tal que sea obrero.

—Todos se me echaron á reír y me dió una rabia...

—Claro, hombre, si hablaste de comprar gratis.

—Cualquiera se equivoca, bueno, pues hubo más, aquel majadero...

—No insultes á nadie que eso no es cristiano.

—Coime, si algunos lo merecen.

—Ninguno.

—Bueno, ello es que aquel ma... ¡madrecita de mi alma! le dió por blasfemar y decir que quién había visto á Dios y así por ahí para adelante, y que aquel cuento de pobres y ricos era mentira, que quién lo había visto, que se rió la mar con él.

—Yo le dije que cuando el papel lo contaba, debía ser verdad y que él, por decir esos disparates era un ani... ¡ánima bendita!

—No, hombre, no; ni tu ni él estabais en lo cierto.

—¿Eh?...

—El suceso era imaginario, pero en la moraleja estaba el busilis, la sustancia del cuento.

—Bueno, ello fué que la cosa se fué poniendo fea y que si no me contienen le mato.

—¡Pues vaya una manera de entrar en razón dos hombres, á trastazo limpio!

—Yo le dije, oye tú, no seas bru... brújula, á lo que viene EL AMIGO DEL POBRE es á quitarnos á ti y á otros como tú la corteza para ver si puede siquiera sacar cucharas.

—¡Ave María Purísima! que modo de hablar, ni tanto, amigo, ni tanto.

—Ello fué que en cuanto aquel sabiliondo me vió así, fué amainando velas y empezó á decir que sí que él creía en Dios, que lo otro había sido un hablar y que hasta le había gustado aquello de las cruces, porque le consoló el saber que otros las padecen más grandes.

—Esto te demostrará dos cosas: que á veces el que más chilla es el que más pronto se convence y que tu contrincante mintió cuando dijo que había tirado el periódico sin leerle. Ahora fiáte de esos que se las echan de espíritus fuertes; ¡conozco yo tantos que por el día trinan contra la gente rezadora y por las noches, en sus casas, rezan diariamente el rosario!

Estaba en una ocasión cierto individuo burlándose en un grupo de amigos de las personas que veía entrar á misa, pero cuando quedó solo, era domingo, entró él también y le ví arrodillado durante el Santo Sacrificio. Vamos continúa.

—Pues que aquello acabó en bien, preguntándome él que cuándo salía otro papelito para leerlo por curiosidad nada más.

—Lo dicho, el mal de siempre. ¡pobres gentes! Cuánto puede el respeto humano! Mira, voy á darte un consejo: te sería muy conveniente que no frecuentases el chigre porque allí el individuo se destruye más que se instruye.

—Eso dice mi mujer cuando siente las consecuencias de estas visitas.

—Procura no hacerlas y vivireis en paz.

¡BUENA LECCIÓN!

El baron Mœsina, ministro de Estado del Japón, decía poco há en un Congreso en Tokio: «Yo creo firmemente que tenemos necesidad de una religión como base de nuestra prosperidad individual y nacional. Podremos tener un ejército poderoso y una

grande marina. Mas si no ponemos la justicia como fundamento de nuestra existencia nacional, jamás obtendremos felices resultados.

Y cuando pienso, prosigue el ilustre estadista, cuál sea la religión, en la que podamos mejor apoyarnos, me convenzo cada día más y más que la de Cristo es la más llena de fuerza, de energía y de progreso para el presente y para el porvenir.»

No es mala lección para esos pigmeos del saber y esos pseudo redentores del obrero que se usan por acá.

RETRACTACIÓN

A continuación publicamos la siguiente de uno de los más prestigiosos propagandistas sectarios de Valencia.

Dice así: Muy respetable señor mio y de mi toda consideración más distinguida: Ruego á usted encarecidamente se digne insertar en su digno é ilustrado periódico estas humildes líneas, dándole por ello anticipadamente infinitas gracias.

Habiendo pertenecido al partido republicano treinta y tantos años, y cerciorándose el que suscribe que marchaba por el camino del error, á causa de la propaganda impía que iba sosteniendo en diferentes poblaciones de varias provincias de España, y en particular desde que se convocó la Asamblea general por todos los prohombres de las fracciones que componían el partido, con el fin de hacer la unión, como se efectuó; y como sea verdad que en todos los mítins y conferencias me he ocupado en combatir los Artículos de la Fé de la religión católica, por creerlos absurdos, tirando por el suelo al mismo tiempo en mis discursos y consideraciones la honra de todos los príncipes de la Iglesia, y con más interés á Su Santidad el Papa, desprestigiando también en varios argumentos inícuos á todas las Congregaciones religiosas, haciendo ver que todo era un comercio para explotar á la humanidad, siendo todo lo que representaban una cosa ficticia, y que no había más Dios ni más infierno que los buenos actos del hombre.

Ahora bien: arrepentido de todas mis culpas y pecados, y después de haber confesado y comulgado, hago saber por medio de la Prensa, con el fin de que se propague por toda España, que después de retractarme de todo cuanto tengo manifestado en la expresada propaganda impía, y pedir perdón á todos en general, y en particular á los que me escucharon, protesto de que no reconozco más religión que la Católica Apostólica Romana, por ser ésta la única y verdadera establecida por Nuestro Señor Jesucristo, en la que quiero vivir y morir y derramar por ella, si el caso llegara, hasta la última gota de mi sangre, dando por todo ello infinitas gracias al Dios Todopoderoso por haberme despertado del letargo en que me hallaba. Dispense la molestia por todo; quedando suyo afectísimo seguro servidor q. s. m. b., FRANCISCO VIDAL, Valencia Enero, 1906.

UNA ANÉCDOTA DE ANTAÑO

«L'Eclair» recuerda una preciosa anécdota á propósito de la asamblea de Versalles y la elección presidencial, ocurrida en los primeros tiempos de la Asamblea nacional.

Se habían dicho las oraciones públicas en la capilla de Versalles, Mr. Grevy venía como presidente de la asamblea con Mr. Thiers, jefe del poder ejecutivo.

Se rindieron los honores religiosos á la entrada en la capilla del Presidente de la República. El Obispo de Versalles le presentó, según el ceremonial, el agua bendita con el extremo del hisopo.

Poco acostumbrado á los honores presidenciales y bastante desconocedor del ritual eclesiástico, Mr. Thiers en lugar de tomar el agua bendita cogió el hisopo y con él empezó á rociar suavemente al Obispo, clero y concurrencia. Todo el mundo reía disimuladamente.

Acto seguido Mr. Thiers, después de haberse servido del hisopo, se lo pasó á Mr. Grevy para que renovase la operación como se hace en ciertas ceremonias pero éste comprendió que Thiers había cometido una equivocación y comprometido con el hisopo, adoptó el partido de disimular y lo ocultó entre su ropa.

A una señal del obispo, el cortejo se dirigió al altar y los dos presidentes ocuparon los primeros puestos. Mr. Grevy estaba cada vez más azorado con el hisopo, y por fin al cabo de grandes esfuerzos, logró dejarlo, sin hacer ruido, en su sillón, donde fue encontrado más tarde.

LA IGLESIA DE FRANCIA

Con este título acaba de publicar en Francia un notable artículo Julio Soury, haeckeliano ferviente, positivista y materialista de gran fama, pero en quien el amor á la verdad pudo más que el espíritu de secta.

En dicho trabajo, hablando de las causas de la separación y de los hombres que la decretaron, dice Julio Soury lo siguiente que recomendamos especialmente á los que alaban la actual persecución religiosa en Francia.

«Lo que ha condenado y ha perdido á la Iglesia de Francia, lo que ha hecho intolerable hasta la presencia del hombre de claustro ó de iglesia, de su traje y de la cruz que llevaba sobre su pecho, es sencillamente que esos sacerdotes y esos religiosos eran hombres honrados, casi siempre hombres de bien, muy á menudo hombres virtuosos y santos.

Ahora bien, es propio de una democracia fundada en el sufragio de los ciudadanos más perdidos (los únicos que votan hoy, como en tiempo de la Revolución), informes intelectual y moralmente y á quienes el Judío, envenenador jurado de nuestras razas, intoxica é infesta metódicamente con el alcohol, es propio de una democracia combista, no poder soportar siquiera el pensamiento de que puedan existir hombres honrados, castos y que no se manchen de día y de noche.

¡Ese es el escándalo de la igualdad y solidaridad socialistas, ese el imperdonable crimen contra la democracia! Eso, repito, no era tolerable.»

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Ayer no era malo el revolcón que el concejal D. Luís Mazantine daba en el Ayuntamiento de Madrid al también concejal Pablo Iglesias, hablándole de los explotadores del obrero.

Hoy, véase esto otro que no tiene desperdicio y que telegrafían á un diario de provincias.

Contestación oportuna.—A propósito de las continuas denuncias que hace en el Ayuntamiento el concejal D. Pablo Iglesias, censurando el sistema de andamiaje que se usa en las construcciones que se realizan

en esta Corte el señor duque de Arévalo ha contestado en el Ayuntamiento al leader de los socialistas, al hacer éste la misma denuncia, que el sistema de andamiaje de Madrid es igual al que emplea Pablo Iglesias en las casas de que es propietario y está construyendo en El Escorial.

La fuerza de la lógica.—Interviniendo en el debate que en las Cortes se ha venido sosteniendo estos días acerca de los delitos contra la Patria y el Ejército, el Sr. D. Félix de Aramburu, senador por la Universidad de Oviedo, y rector de la misma, pronunció un bien razonado discurso en el que, entre otras cosas muy dignas de tenerse en cuenta hizo la siguiente pregunta que, según un diario nada clerical, como ahora se dice, dejó impresionado profundamente al auditorio:

«Consintiéndose—dijo—la herejía que consiste en dudar de la existencia de Dios ¿cómo pueden en justicia penarse los delitos contra idea más inferior como es la de patria?»

“EL AMIGO DEL POBRE”

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta.	7 pts. al mes.
100 núms. (50 por quincena)	4 » al »
50 » (25 » » »)	2 » al »
24 » (12 » » »)	1 » al »
10 » (5 » » »)	0'50 al »

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Proponiéndonos repartir esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Época», San Bernardo, 23.

Impreso en el Colegio y Talleres de S. José para Niños Huérfanos.—Gijón